

El pobre está con fríos, y se ha visto en los últimos. Ayer lo administraron. En el último viaje lo fue muy mal. Imagínese que se le murieron el Bruno, el Juaco y el Prudencio; y de las mulas, la Juana y la Carolina.

Después de oír semejante sartal de ordinariicos quiso retirarme cuanto antes; pero no lo pude hacer por lo pronto, porque empezaban á caer curiosos... interesados, por supuesto. Todos con la pregunta de si regresaba pronto á Medellín y les podría traer una cartica; y hasta alguno de ellos me llevó aparte (*Después de haber hecho lo mismo con D. Juan B.*) y me habló de no sé que cácomiendita de dinero. A todos les ofrecí mis inútiles servicios, y zafándome de ellos como pude, llegué corriendo á la posada, y pedí mi cuenta mientras ensillaba. Yo había oído que á la señora de la casa la llamaban *mi sia Mica*, y al despedirme de ella le dije: Dé, pues, sus órdenes, mi sia... Micaela ó Micaelina... pues no tengo el honor... Ursula López, para servir á U., me contestó; y como notase mi extrañeza, siguió diciendo:—Ha de saber, D. José, que en esta población los nombres propios se quedaron en el Registro bautismal, y todo el mundo tiene aquí sus apodos vulgares, y algunos hasta ofensivos. Me despedí, me lancé sobre la mula, y salí á galope pensando no sé si con rabia ó con tristeza: “¿Qué horrible será vivir en una población en donde las mulas tienen nombres de cristianos, y los cristianos de mulas!” (*Risas.*)

#### ESCENA IV

DICHOS. D. Canuto (*entrando.*)—Á ver, Neira, sirvame un trago, y déles á estos muchachos de lo que quieran tomar, porque vengo muy despechado.

NEIRA.—¿Qué gusta tomar, D. Canuto?

D. CAN.—Un anisado grande, cosa que lo sienta el cuerpo.

NEIRA.—¿Y los señores?

CRIST.—Tomamos tigre.

NEIRA.—¿U. también D. José? (*Crist. le quina el ojo y contesta.*)

JOSÉ.—Sí, tigre también.

D. CAN., (*no para niéntes en ello y sigue diciendo:*) Sí, muchachos, estoy muy despechado, y he recorrido en pocos minutos, que se me han vuelto siglos, á medio Medellín. Voy á darles un consejo para que no pasen las penas del Purgatorio, anticipadas, como las estoy pasando yo.

Cuando vayan á hacer alguna cosa, sobre todo en asunto grave, acuérdense de aquello de la Citología: 'Piénsalo bien antes de obrar, pues una vani precipitación podría causarte vergüenza.' Neira, traiga el cheque. ¿Mi padre Vicente está en el tresillo?

NEIRA.—Sí, señor.

D. CAN.—Pues me voy á *patiarlo* hasta que se levante porque le tengo que pedir un consejo. (*Va á firmar el cheque y dice*): ¡Ciento cuarenta y cinco pesos! ¿Pero estos diablos qué están tomando?

NEIRA.—Tigre, señor.

D. CAN.—¿Y eso qué es?

NEIRA.—Un *champurrion* de brandy con vermouth.

D. CAN.—Ah bribones! Ya se ve, yo ando hoy de calaverada en calaverada; y después le echan la culpa sólo á los muchachos, cuando todos caemos en la vida; sobre todo con esas muñecas de ahora tan melindrosas.

ED.—Esas tenemos, D. Canuto!

D. CAN.—Neira, déme ese cheque, yo se lo pago; no me gusta deber en las cantinas. [*Saca la cartera y entrega á Neira tres billetes de cincuenta pesos*].

NEIRA [*Le devuelve uno diciéndole*]:—Este billete es falso.

D. CAN.—¿En qué se conoce?

NEIRA.—Lea en el escudo de armas.

D. CAN. [*Leyendo*]:—'Libertad y Progreso' ¡Caracoles! ¿Cuándo se acabará esta plaga? [*Y diciéndole y haciéndole lo vuelve á hacer*].

CRIST.—Cuándo todos hagan lo mismo que Ud. con ése.

ED.—Dentro de cien años, según cálculos que publica *El Espectador*, se acabarán los legítimos por medio de la amortización.

D. CAN.—¿Dentro de cien años? Es decir, mañana; y los ilegítimos dentro de mil, es decir, tras... pasado mañana. Lucidós vamos estando en esta tierra. [*Dándole otro billete á Neira*] No lo examine mucho y devuélvame cinco pesos. (*Neira se los entrega y D. Can. dice alirse*): Hasta luego grandísimos... tigristas. Con razón que Uds. sean tan fieros si toman eso tan bravo. Pero no se resientan conmigo, muchachos, mirén que yo estoy hecho hoy un animal; sí, un animal. (*Vase*).

CRIST.—Cuidado con aplicarse su consonante, D. Canuto.

D. CAN.—[*Desde la puerta*].—Ah! sí, yo soy un bruto, pero muy bruto. (*Sale. Los otros rien*).

## ESCENA V

JUG 1º—¡Qué mate!

JUG 2º—Y qué noáy diotra. Así lo vi.

ED.—Eso ya èon dedicatoriá para D. Canutó.

JUG. 2º—Callen la boca que tengo la sangre hirvién-  
do. [*Tòdos : ja, ja, ja!*]

ED [*A los compañeros*].—Ese viejo está enamorado, y según entiendo le está *pasando* á mi novia. ¿Si le habrá dadó calabazás? (*Los jugadores se hablan en secreto y vuelven á sortear los peones*).

JUG 2º—Juego con el de la izquierda.

CRIST.—Volviendo al asunto de las cartas, allá te estarán buscando con ellas, hombre José.

JOSÉ.—Y con la encomiendita. Lo malo es que á esos señores, le dije á mi padre, no se les puede escribir por el correo, porque como parece que ellos mismos ignoran cómo se llaman, allí dormirán eternamente las cartas.—Pues no habrá más remedio, me contestó mi padre muy resignado, que es esperar á que vengán aquí, porque yo no voy á ponerles el *alias el Zorro* ni el *alias el Troncho*, &amp. eso me daría pena. Y al fin ellos son honrados, y en no muriéndose el alazán, ni el baldo, ni más Juadas y Corolinas, ellos algún día pagan. Todo esto me lo decía mi padre riéndose, lo cual me parecía muy raro, pues han de saber Uds. que yo traía la *terronera* más grande, creyendo que me regañaba, por no haberle traído nada de provecho.

ED.—Pues en eso de cartas voy á contarles lo que me sucedió á mí una vez que arreglé viaje para Bogotá.

## ESCENA VI

UN PAJE (*desde la puerta*).—Unas cartas para D. Eduardo y D. Cristóbal.

ED.—Tráelas acá. (*Las reciben, ven las direcciones y las guardan. Sale el paje*).—Como les iba diciendo, arreglé mi viaje á la Capital, y como iba en asuntos de negocios, puse un aviso ofreciendo mis servicios en ese ramo. Y tal no hiciera, porque ¡Jesús! la víspera de mi partida cuando fui á arreglar las petacas, me encontré con tal cúmulo de cartas y de encomiendas, que no cupieron en una. Basta decirles que uno de los fluxes que me hizo el maestro Salas para echar percha en la Capital, tuve que llevarlo de sobornal con la estera y el cobertor. Llegados allá, consulté el caso con un amigo diciéndole:—¿Qué hago yo con

tantas cartas? No conozco casi á nadie, ni sé la casa de nadie; aconséjeme en este predicamento. Y él me contestó con cierta risita algo maliciosa:—No se afane hombre, que yo lo saco de apuros; camine démelas. Y sin más ni más, nos fuimos para mi alojamiento; pero al mirar aquel mundo de papel y de envoltorios, me dijo mi amigo riéndose ya de veras:—Yo no me imaginé semejante cosa. Aquí lo que hay que hacer es que Ud. me presta su peón y él y yo nos encargamos de las encomiendas, á ver si en estos tres días alcanzamos á repartirlas, porque hay que regarlas por todos los barrios de la ciudad; y Ud. váyase al correo y comprese unos cuarenta pesos de estampillas para que pongamos allí las cartas. Imagínense lo que me costaría el mandadito, porque amén de los inconvenientes dichos, como el *papel* valía entonces mis cuarenta pesos serían hoy más de tres mil al precio del mercado.

Sin embargo, yo me consolaba con aquello de que en todas las cartas decía: “Atención de mi amigo D. Eduardo Amay; Fina atención del caballero D. Eduardo Amay, & &.” y con eso . . . me llené.

ALB.—No deja de ser graciosa la ocurrencia; pero eso nos pasa á todos. Y así queremos tener buen servicio de correos si no ayudamos con nada para los gastos.

CRIST.—Hombre, nos quejamos mucho, y sin embargo, yo he recibido cartas de donde Uds. no pueden imaginarse.

JOSÉ (*levantándose*).—Es cierto; me voy á recorrer el establecimiento y luego á dormir porque estoy muy cansado.

ED.—¿No quieres la *reciprocité*?

JOSÉ.—Agradezco, pero no acepto porque tengo que saludar de paso á la tía Matilde que me estará esperando.

ED.—Mis besamanos por allá.

JOSÉ.—Con mucho gusto. Y ahora que me acuerdo ¿porqué no han leído las cartas que les trajeron?

CRIST.—Parecen cuentas de cobro y esta noche no hemos de pagar; las dejamos para mañana.

JOSÉ.—Buenas noches, pues.

TODOS.—Buenas noches, que descanses.

#### ESCENA VII

ED. á CRIST.—Ahora sí podemos leer las cartas. Yo no me atreví á leer la mía, delante de José, porque tiene letra de mujer en el sobre.

CRIST.—Yo tampoco he leído la mía por lo mismo.

ALB.—Pues sáquenlas y léanlas á ver qué dicen esas melindrosas, como dice D. Canuto. Habían de estar poniendo en práctica lo que nos contaron hoy del sermón del Padre Umaña.

ED. (*Saca el coriaplumas, corta el sobre y lo pasa á Cristóbal diciéndole:*)—Hagámosles el honor de no romperlas con ordinarietz, por lo que *potes*: . . .

CRIST.—¿Quién firma?

ED.—María. ¿Y la tuya?

CRIST.—Inés.

ED. (*Leyendo.*)—“Mi querido Eduardo. Creo de mí deber manifestarle, en atención á nuestros compromisos, que estoy entre la espada y la pared, pues parece que mi padre anda en tratos, contra mi voluntad, con un hombre á quien no quiero, ni está á mi altura por edad ni por nada. Mi deber sería darle gusto á mi padre, pero mi amor me lo impide. U. verá.—Su affma.—María.” ¿Que puñalada, por Dios!

ALB.—¿Pero cuál María es ésa, hombre, la de abajo ó la de arriba?

ED.—Yo no sé, porque como hay tantas Marías . . . A ver la tuya, Cristóbal.

CRIST. (*Leyendo.*)—“Estimado amigo. Esta es más tímida. [*Volviéndose á Eduardo.*]

ED.—Estará menos acosada.

CRIST. [*Continuando.*]—“Como U. me ha dicho repetidas veces que cuando estemos de tertulia lo mandemos llamar, me tomo la libertad de avisarle que esta noche están aquí las Gómez, y que tenemos buena música y buen canto. Están, además, Pepa (*Alb. se mueve en el asiento; Cristóbal lo mira y se sonríe*), Mercedes, Jorge, Ricardo y otros. Así cumplo mi compromiso, pero deseo que venga.—De U. S. S. y amiga, Inés.” Pues habrá qué ir.

ALB.—¿Quieres que te acompañe, Cristóbal?

CRIST.—De mil ahores.

ED.—Hay su diferencita, amigo: á mí me llaman á un duelo y á ti á bailar y á divertirse. Yo tengo las puertas cerradas y tú las tienes abiertas . . . Para eso que Alberto me ha hecho entrar en dudas. . . .

CRIST.—¿Pero qué dudas puede haber en eso?

ED.—Es que he sabido que la María de abajo está muy *picada*, y como no conozco la letra de ninguna de las dos . . . Con la otra tengo mis asuntos ya medio arreglados, pero como no sé si la carta será de ella . . . ¿Quién quita

que sea un recurso de la otra para saber á qué atenerse ó para alizar con celos?

ALB.—Pues se me ocurre una treta. La María de arriba y Magdalena, tu hermana, son muy amigas. Dile á ésta que le ponga una boleta con cualquier pretexto, y que le conteste por escrito para quedar tranquila. Así puedes hacer comparaciones.

ED.—Aprobado. Eres ingenioso, Alberto.

CRIST.—Ya iba yo á pedir trago, pero veo que tenemos candidato. (*En efecto, Pepe ha entrado y dirigiéndose á ellos lentamente, mira para el ajedrez.*)

### ESCENA VIII

PEPE. (*Saludando y con trazas de estar un poco alzado.*) Buenas noches, caballeros.

TODOS.—Buenas noches.

CRIST.—¿Cómo te acabó de ir, Pepito?

PEPE.—Bien, gracias. ¿Y á Uds.?

CRIST.—Pues sería bien. Hombre ¿cómo se llama ese joven tan simpático que estuvo con nosotros esta tarde en El Edén?

PEPE.—Pues ése es... ah caramba!... se me fue... lo tengo en la punta de la lengua... pero no es Carlos, ni José. (*Pensativo y luego en voz alta dirigiéndose á Cristóbal.*) Aaaaah! ¿Tomás?

CRIST.—Pues hombre, yo sí tomo (*A los otros*) Uds. toman?

ED. y Alb.—Tomaremos.

PEPE (*Riéndose.*)—Tiene gracia la treta, y voy á pagar mi tontería, pero no me vuelvo á meter con Uds. para nada. Neira, pregunte á ver qué toman estos caballeros.

CRIST. (*A Neira.*)—A Pepú no le tiramos sino roncito con gotas.

NEIRA.—¿Y U., D. Pepe?

PEPE.—Déme un *Pousse-café*, porque vengo de comer. Prefiero el Curazao.

ED.—Pero tú no acostumbras comer fuera de casa. ¿Qué te pasó hoy?

PEPE.—Hoy sí lo hice, y verán Uds. por qué. Esta mañana, después de almuerzo, vi que el día estaba muy lindo, y le dije á mi mujer: Mira, chinita, hoy estoy de buen humor y quisiera echar una *abzadita*.—Nada más justo, me dijo ella, yá que trabajas toda la semana; pero mira, si te *alzas*, procura venir cuando yá los niños estén

dormidos para que no lo noten. Y aquí me tienen Uds. esperando á que se duerman los niños, y yo loco por irme.

ED.—Qué mujer tan estupenda!

PEPE.—Pues así son todas las nuestras.

CRIST.—Quién sabe!

PEPE (*Levantándose y energizándose*).—No vengan ahora con sus necesidades como el otro día. Uds. lo saben muy bien. Nosotros somos generalmente ordinarios y hasta vulgares; pero ellas son todas unas santas, que no piensan más que en su casa y en el cumplimiento de sus deberes y de otros que ellas mismas se imponen, por amor y por cariño, y por ayudar algo á sus maridos, porque ellas son un verdadero dechado de virtudes, y con el *item* que dijo el poeta:

“Bellas y pudibundas como fueron

Las hijas de Jessé.”

ED.—Todo eso me parece muy lindo, y hasta muy sabroso; pero yo no sé por qué creo que el matrimonio siempre es una esclavitud.

PEPE.—No, señor, por el contrario; en el matrimonio está la libertad santa, la libertad verdadera del individuo y de la familia, porque en el mundo se sufre mucho, pero en los brazos de su compañera olvida el hombre sus penas y alivia sus pesares; porque allí en la tranquila intimidad del hogar, se calman los sufrimientos y las fatigas del día y renacen nuevas fuerzas para seguir luchando.

Yo no sé por qué pierden Uds. tan miserablemente el tiempo y la juventud, sabiendo que las mujeres de Medellín, y las de Antioquia en general, forman un vergel florido, cuyos perfumes ascienden hasta más allá de las estrellas para que se embriaguen los ángeles! ¿Y te atreves á hablar de esclavitud! Mira, yo soy un rey en mi hogar, y me considero esclavo de una reina que me ata con cadenas de amor, y que, sin embargo, me deja abiertas las puertas de la libertad. Y cuando, después de las fatigas del trabajo, llego á ese hogar dulce y querido, y salen á mi encuentro aquellas caritas alegres, con sus ojitos risueños en que se imponen los besos y los abrazos, soy el hombre más feliz, y me considero el más bueno de la tierra. Me voy á gozar esas delicias. Adiós! (*Vase*).

TODOS.—Bravo, Pepillo, muy bueno, muy bueno.

ALB.—Y á todas éstas, ¿yo no tendré carta? (*Se levanta y sale*).

## ESCENA IX

CRIST.—Este Pepe me dejó entusiasmado. Yo también me voy á *su reclamo*.

ED.—Y ya ves cómo su mujer lo manda de cuando en cuando á que eche una cana al aire. Estoy viendo que no es el león como lo pintan, y aunque lo sea, me parece que siempre nos embarcaremos. Yo también me voy á poner en planta los ardides de Albertín. Neira, dénos unas pasticas de *sensén*.

NEIRA.—No hay, señor.

CRIST.—Yo tengo aquí. Hay que seguir el adagio de que *el que come tierra carga su terrón*. (*Al decir esta saca un cuartucho y se echa unas pasticas á la boca. Ambos se levantan*).

ED.—Pues amigo, vamos á ver qué nos guarda en sus senos el futuro, esa oscuridad que llamamos porvenir!

Hasta el Domingo, Neira, porque creo que con el sermón de Pepe, y las amonestaciones del Padre Umaña, se impone el juicio, y será mucho lo que tendremos que trabajar de ahora en adelante. Hay que dejar estos aguardientes domingueros para cuando nos den permiso como á Pepe.

NEIRA.—Que tengan felices noches.

ED.—¿Sabes lo que estoy pensando, Cristóbal?

CRIST.—¿Qué será ello?

ED.—Que mañana cuando salga á calmar en “El Disloque,” como esta noche me voy á dormir primero que mi padre, si acaso intenta decirme algo, lo voy á regañar yo á él primero.

CRIST.—Y te llenas, como tú dices. . . .

ED.—Pero es que no siempre ha de tener él la razón. (*Al dirigirse á la puerta*):

Marchemos, pues, al porvenir dudoso

Con frente limpia y con seguro pie. . . .

CRIST.—Que este camino largo y escabroso. . . .

ED.—Se convierte en florido y delicioso,

Marchando en él con religiosa fe.

(*Al llegar á la puerta entra Alberto con una carta agitándola en sñ de triunfo*).

ALB.—Con religiosa efe. . . . Efe Gómez!

ED.—A ver, hombre, quién firma?

ALB. (*Muy ufano*).—Pepa.

ED.—¿Cuál Pepa?



ALB.—Yo no sé, porque así como hay muchas Marías, también puede haber muchas Pepas.

ED.—De guama, sobre todo.

CRIST.—Muéstranosla, hombre, así como nosotros te mostramos las nuestras.

ALB. (*Con mímica*).—No puedo, Cristóbal, amigo, pues ella me dice que no se la muestre á nadie, porque no le gusta que le vean sus garabatillosos!

### CAE EL TELÓN

## ACTO TERCERO

El teatro representa la misma decoración del acto primero.

### ESCENA I

Aparece D. Carlos sentado en una silla en actitud pensativa.

D<sup>a</sup> MATILDE (*entrando*).—Yá estoy, pues, desocupada, y vengo á tu mandar.

D. CAR.—¿Yá acabaste tus oraciones?

D<sup>a</sup> MAT.—Sí.

D. CAR.—¿Y por quién pediste? ¿Por este empecatado *maridito*, no es verdad?

D<sup>a</sup> MAT.—Por todos, hijo, por todos.

D. CAR.—Siéntate, pues, Matilde, porque tenemos que hablar cosas muy tristes y muy graves, por lo cual empiezo por suplicarte que no te enojés, ni te aflijas á causa de lo que te voy á decir.

D<sup>a</sup> MAT.—Dí todo lo que gustes, pero me dejas en libertad de hacer mis observaciones, llegado el caso, sin que te enojés tú.

D. CAR.—Convenido, y quiera Dios que resultemos de acuerdo. Díme primero ¿cómo sigue la niña? ¿Está todavía enfrascada en la lectura y sin soltar palabra?

D<sup>a</sup> MAT.—En la misma situación está y no hemos podido que tome alimento alguno.

D. CAR.—¿De manera que ni comió ni ha refrescado?

D<sup>a</sup> MAT.—Nada.

D. CAR.—¿Y eso no puede hacerle mucho daño?

D<sup>a</sup> MAT.—Claro que sí, y arriesga á que con la preocupación, y las cavilaciones, y el sentimiento que tiene contigo, se nos enferme y se nos muera, y nos quedemos solos por tu culpa.

D. CAR.—Matilde! . . . (*Se levanta y dice aparte*):  
Sólos, viejos y arruinados . . . *me luci!* [A D<sup>a</sup> Matilde]:  
Pero si yo no he querido, sino buscarle comodidades á la  
niña por medio de un partido ventajoso.

D<sup>a</sup> MAT.—Pero no es eso lo que la niña desea; por-  
que ella por su posición, su familia, su educación, y me  
atrevo á decir, también por su instrucción, ambiciona á  
mucho más de lo que tú le ofreces. Ella quiere juventud,  
talento, generosidad, cosas que no encuentra en el camino  
que tú le trazas, y yo le concedo la razón.

D. CAR.—¿De manera que tú eres también mi ene-  
miga?

D<sup>a</sup> MATILDE.—Tu enemiga, nó; la amiga de nuestro  
reposo y de nuestra tranquilidad. ¿No sabes lo que le di-  
jo á Mariana que estaba resuelta á hacer? Pues bien, le  
dijo que antes que seguir al sacrificio á que su padre la  
destinaba, prefería dejarse depositar para casarse con  
Eduardo.

D. CAR.—Dejarse depositar? Matilde. . . ¿tú habías  
pensado alguna vez en eso?

D<sup>a</sup> MAT.—¿Cómo lo había de pensar? ¿Me había  
infaginado siquiera que tú hubieras pensado lo otro? ¿Que  
un hogar tan tranquilo y tan sosegado y alegre como el  
nuéstro, vinieras á entristecerlo de esta manera, con pre-  
tensiones absurdas y con imposiciones violentas?

D. CAR.—Matilde, por la Virgen. . . ¿De manera  
que nos vamos á ver en la picota? Mañana todo Medellín  
sabrá estas cosas, y las comentará, y cada cual echará de su  
lomo escama contra nosotros, y habrá alguien, ay! no  
quisiera decirte lo, Matilde! pero habrá alguien que nos  
echará á la calle sin compasión ni miramiento alguno. No,  
no puede ser, yo no puedo someterme á tanta humillación!

D<sup>a</sup> MAT.—¿Y por qué nos habían de despojar? ¿Qué  
nuevo misterio es ése que te afecta tanto?

D. CAR.—Si yo fuera pagano, te diría que un hado  
fatal ha abierto hoy sus brazos para estrecharme y tritu-  
rarme, dejándome molido hasta el espíritu.

MARIANA (*Desde la puerta*).—Tía, la buscan en el co-  
rredor con un recado.

D<sup>a</sup> MAT.—Voy para allá en el momento. (*Se levanta*).

D. CAR.—Despácha y vuelve pronto.

## ESCENA II

D. CAR (*Solo*).—Esto se llama llover sobre mojado.

Depósito, casi como decir, deshonra, ruina y hasta muerte. De todo se me habla por una parte y por otra. Es decir, que mañana estará mi hogar en subasta de pública palabrería, y tal vez de escarnio, ¿Acaso el mundo juzga conforme á justicia? No, el mundo es malévolo y las apariencias arrastran á extremos lamentables al que cae entre sus garras. Pues, señor, esto no tiene remedio... (*Pausa*)... ¡Qué torcedor tan tenaz es la conciencia! Ella labra... y labra... y labra hasta que nos trae el remordimiento... Y llegó el remordimiento nos impone la confesión. Hasta ese extremo he llegado y tengo que hacerla. Bien se me alcanza que con ella llevaré la tristeza al corazón de los seres que más amo; pero nada, ya lo tengo resuelto, y si se dijo que á los grandes males, remedios más grandes aún, á ellos ocurriré. Pues qué, ¿es vida ésta que estoy llevando? Vida de engaño, vida de fingimiento, vida de cólera, y lo que es peor todavía, vida de inéqua imposición. No, abajo la careta y quede otra vez en pie el hombre de bien... (*Pensativa*)... Y como ellas se afligirán, procuraré dulcificarles la pena, ó hacerla menos amarga, cediendo en el asunto de María, puesto que ya sé que su madre apoya sus inclinaciones... Yo estoy arruinado, pero tengo con qué pagar siempre que mi sobrina no se oponga, y soy de la escuela de que el que debe y tiene, debe pagar sin ocultar nada, aunque se quede de mendigo, so pena de pasar por un tramposo, y aún por algo más; el que debe y no tiene, es claro que nada puede hacer aunque quiera: á ése hay que perdonarle ó aguardarse. Yo puedo cumplir mis compromisos y quedaré pobre, pero con honra; lo cual es una gran satisfacción. No tengo, pues, necesidad de atormentar á mi hija forzando su voluntad. No, y después de todo, ¿quién quita que pueda ser feliz? Y además que, como dice el refrán: "el que por su gusto muere, hasta la muerte le sabe..." ¿Y no será una gran desgracia tener que sacrificar toda una vida siguiendo forzados por escabrosa pendiente? Nada, eso que está en el alma no puede transarse por dinero!

### ESCENA III

D.<sup>o</sup> MAT (*Entrando*).—Carlos, me tienes muy preocupada. ¿Descorremos el velo? ¿Quieres aclararme esos misterios?

D. CAR.—No deseo otra cosa y para eso te había cita-

do, pues quería decirte, Matilde, que descaba confesarme contigo; quiero decir, hacerte una confesión,

D<sup>a</sup> MAT.—No te comprendo.

D. CAR.—Pues ahora me comprenderás, porque el asunto de que te voy á hablar es más claro que la luz del sol, y así te lo pondré. Tú, entre tanto, puedes meditar y aconsejarme, ó meditar no, porque dicen que las mujeres no aciertan sino con la primera impresión, así como por instinto, pues que si meditan dan palos de ciego.

D<sup>a</sup> MAT.—Por el instinto, como los animales; gracias por el *florero*. Pero, dejémonos de preámbulos y vamos al asunto, ¿de qué se trata, por fin?

D. CAR.—Matilde, te lo digo con la mayor congoja y con dolor en el alma; pero puesto que con llorar nada sacaríamos, vamos á hacerle frente á la situación tratándola con franqueza. Matilde, estamos arruinados, y voy á explicarte el cómo fue para que formemos algún plan. Ahora días, cuando la cuestión de Panamá, y el cuento de los cien mil hombres, todo lo cual era muy creíble, pues vino en letras de molde con la firma de los primeros Magistrados, que después he visto que si dicen la verdad también pueden mentir como cualquier malsín, dije para mi coletito: hé aquí la ocasión de triplicar ó cuadruplicar mi fortuna, porque como el Gobierno no tiene sino papeles para sostener sus ejércitos, tendrá que emitir más y más cada día, y me di á la tarea de comprar oro y letras; primero con fondos propios, luego con dinero que tomé á interés, y, por último, á crédito.

D<sup>a</sup> MAT.—Bueno, y qué?

D. CAR.—Pues que salió todo al revés y por el lado más malo para mí: el Gobierno se *agallinó*, Panamá se quedó allá solita en brazos de los años que la mercaron, y no resultaron los cien mil. Total: que las letras en vez de subir, bajaron, y yo me quedé mirando á la luna de Valencia.

D<sup>a</sup> MAT.—¿Es decir que perdiste lo tuyo y algo más?

D. CAR.—Muchísimo más, pues quedo á deber una fuerte suma que, para pagarla, nos va á imponer supremos sacrificios. Y como las herencias de Mariana quedaron también comprometidas, tengo para con ella las mayores pena y vergüenza que puedas imaginarte, y ni siquiera me atrevo á darle la noticia.

D<sup>a</sup> MAT.—Yo me encargo de eso, y como conozco su carácter dulce y noble, creo que nada debemos temer por ese lado. Ahora lo que importa es buscar ese reme-

dió que tú quieres, y desde luego te digo que estoy resuelto á cualquier sacrificio, aunque quedemos pobres, pues á mí lo que me interesa es que quedemos honrados. A lo demás, Dios proveerá, pues El no abandona nunca á sus criaturas.

D. CAR. — Como mi principal acreedor es Canuto, por eso quise salvarme poniendo de por medio á la pobre María, pues habiéndome manifestado aquél sus inclinaciones hacia ella, traté de aporvecharlas, y cada día Canuto desembolsando más y más dinero, y yo haciéndole más y más promesas, y dándole mayores seguridades de que podría contar con su mano, aunque siempre, con no sé qué esperanza, ya perdida, retardando una explicación final, que sin duda fue la que vino á buscar esta tarde. Y hé aquí mi confesión: esta especulación odiosa, este engaño vil contra la voluntad de mi hija, me afligen más que la pérdida de mi capital.

D<sup>a</sup> MAT. — ¿De manera que estás arrepentido de lo que hiciste con María?

D. CAR. — Completamente arrepentido.

D<sup>a</sup> MAT. — Pues entonces voy corriendo á devolverle su tranquilidad, y á explicárselo todo. Después veremos lo que debamos hacer. *(Sale)*.

#### ESCENA IV

D. CAR *(sólo)*. — ¡Qué descanso! Quedé como si vá hubiera pagado! Las cargas de la conciencia pesan más que el mundo, si éste se pudiera cargar como un solo fardo, á lo San Cristóbal, por ejemplo. Y me pongo á pensar: si una explicación de éstas en asuntos puramente terrenales nos deja tan tranquilos, ¿cómo quedará el alma cuando se descarga de lo que le debe á Dios?

MARIANA *(Desde la puerta)*. — ¿Le traigo aquí su refresco ó se lo llevo al comedor?

D. CAR. — Llévalo allá. Voy en el momento. *(Sale por la puerta de la antesala)*.

#### ESCENA V

MARÍA *(Por la puerta de entrada con un papel en la mano, seguido de un paje que se queda en el umbral)*. — Pero esta Magdalena sí es una tontucla *(Se dirige al escritorio)*. Querer que yo le escriba para una bohería como ésta. *(Abre un papel y lee)*: “María: ¿Es cierto que Eduardo pasó á caballo esta tarde por tu casa? Contéstame

por escrito para cortar una discusión. Tuya, Magdalena.”

Pues la verdad en todo caso [*Escribiendo*]: “Querida Nena: Es muy cierto lo que me preguntas. Y si el caso fuere tan grave que necesites de testigos, ahí están Inés y Pepa que lo vieron á su salida de aquí. ¿Qué tontería es la tuya? Afma. María.” [*Dobla el papel y se levanta á entregarlo, diciendo*]: ¡Qué cosas las que me están pasando hoy á mí! (*Al entregarlo*) ¡Llévalo á tu señorita, dále muchos recuerdos de mi parte, y dile que venga pronto, que ojalá sea mañana, para que me aclare esos misterios, [*Sale el paje y María sigue diciendo*]: Qué cosas éstas, Dios mío! [*Pensativa*] ¡Aaaaah! Apuesto á que Eduardo es el del enredo por conocerme la letra? Pues me cogió, porque no puede ser otro el objeto de tan singular misiva, tratándose de semejante tontería. Sin embargo, me consuela saber que se preocupa por mí. Ay! si supiera lo que por él está sufriendo este corazóncito! [*Se lleva la mano al pecho*]:

#### ESCENA VI

D<sup>o</sup> MAT [*Entrando por la puerta principal*].—¿Dónde te metiste, hija, que te he buscado por toda la casa sin poder encontrarte en parte alguna? Ven á sentarte que tengo que darte unos noticiones como tiempos. [*Se sientan*].

MARÍA.—Tiene la palabra, mamá; y yo soy toda oídos.

D<sup>o</sup> MAT.—Pues vas á saberlo todo de un tirón. Acaba de decirme Carlos que estamos arruinados á causa de una negociación en grande de letras, pero que al mismo tiempo está arrepentido de su conducta para contigo, y me prometió que no volvería á hablarte nunca de D. Canuto.

MARÍA.—Pues á ese precio, bendita sea la pobreza, yo no le tengo miedo. ¿Y Ud. qué le dijo, mamá?

D<sup>o</sup> MAT.—Que iba á informarte de eso y que luego le daría mi parecer. De ello quería hablarte ahora para que tranquilicemos al pobre Carlos que se está acobardando á ojos vistas, pues ni come, ni duerme, y se ha vuelto áspero y desabrido desde que empezó á sufrir en sus negocios.

MARÍA.—Me parece muy juízo.—Mamá, se me ha propuesto una cosa.

D<sup>o</sup> MAT.—¿Cuál será?

MARÍA.—Que mi padre le está debiendo á D. Canuto, y que por ganárselo, contaba conque lo salvaba; era la

tenacidad que tenía de casarme con él; pues mi padre me habló de favores que le debía; y de beneficios . . .

D.<sup>a</sup> MAT.—Precisamente. D. Canuto le ha prestado á Carlos fuertes sumas, y ambos concertaron tu matrimonio en lo cual tu padre lo ha estado engañando para que no lo ápriete por su dinero, pero siempre con la esperanza de que tú le atenderías en sus propósitos, de lo cual está ya desengañado, y lo que es más, arrepentido.

MARÍA.—Pobre mi viejecito! cómo habrá sufrido en todo este tiempo! Con razón que haya variado tanto de algunos meses acá! Y siempre preocupado y como huyendo de nuestro trato y conversación. Hay que animarlo y devolverle su tranquilidad; hasta donde esté en nuestras manos el hacerlo.

D.<sup>a</sup> MAT.—Lo que más lo affige es que también cayeron en la catástrofe las hijuelas de Mariana, pero yo hablé á ésta de paso mientras te estuve buscando; y me manifesté que por su parte no tuvieran el menor cuidado, que ella siempre había considerado que su haber era de nosotros, y que antes nos quedaba debiendo por nuestros cuidados en su educación y demás gastos.

MARÍA.—Yo siempre la he juzgado buena; aunque motejándola de ser algo falsa, pues que, debido á su posición aquí; por tenernos á todos contentos, todo lo revela; y así es que no ha podido haber secretos entre nosotros, como se ha visto por los chismes con Eduardo.

#### ESCENA VII

Dichas, D. Carlos y Mariana.

D. CAR.—Tengo el gusto de participarles, que Mariana se manifiesta, no sólo resignada sino generosa, y cede su fortuna, en favor de la casa. De manera que como las considero á todas enteradas de la situación, vamos á hacer consejo de familia, y á trazarnos un plan, ya que hoy todavía podemos esperar alguna salvación, cosa imposible mañana, si las cosas siguen como van.

D.<sup>a</sup> MAT.—Dinos primero: vendiendo esta casa y todo lo que tenemos ¿alcanzará para pagar lo que se debe?

D. CAR.—Creo que sí, y antes espero que quede algún sobrante para ir viviendo, mientras conseguimos modo de trabajar para ganar en firme y quedar tranquilos.

D.<sup>a</sup> MAT.—Pues entonces el caso no es tan apurado; porque lo principal es conseguir nuestro sosiego, y devol-

ver á nuestro hogar su placidez y su alegría.

MARÍA.— Por mi parte, papacito, ofrezco contribuir á ese fin con todos los medios que estén á mi alcance. Vendemos este caserón, y si nos quedan medios de adquirir una casita en propiedad, arrendamos una, y allí trabajaremos para ayudarle á llevar la carga. Nosotros podemos coser, bordar, dar lecciones, y en fin, hay muchísimos modos de ganarse la vida por medio de un esfuerzo laborioso y perseverante. Y yo, por mi parte, renuncio con tal fin á todos mis sueños dorados, y seré siempre su filial compañera de Uds. en la adversidad, como lo he sido en la bonanza.

D. CAR.— Pobre hija mía ! [ *La abraza y le besa la frente* ].

MAR.— Como mis tíos me han hablado hace poco de mi fortuna, ó sea de mi herencia, vuelvo á ratificarme en lo dicho: yo nada tengo, ni he contado nunca con tal cosa. Pues qué, ¿ no les debo la crianza, la educación y el cultivo de las virtudes que me han enseñado con su ejemplo? ¿ Puedo yo ambicionar mejor galardón en cambio de las pocas monedas que mis santos padres me dejaron? También yo trabajaré y nunca daré la espalda á Uds. mientras no se las dé la desgracia.

D. CAR.— Qué hermosos corazones ! [ *Hace lo mismo que con María* ]. Matilde, estoy emocionado, y me siento casi feliz en medio de mi infortunio. Bien me lo decías tú, hija querida, que la felicidad sólo se encuentra en el amor. Sí, porque tanta benevolencia, tanta dulzura y tanta abnegación, sólo se encuentran en los corazones que de veras aman, y que sepan echar á un lado el egoísta interesado y ruin. Ya estoy contento, y mañana mismo entregaré lo que tengo y llamaré á otra puerta, pero alzaré limpia mi frente. Dios es grande, María ! No te aflijas, que en medio de mis meditaciones he llegado á esta conclusión: no fuera Dios tan justo y tan bueno como es, si sólo hubiera establecido el sacramento del matrimonio para los ricos. No, El envía su sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos y pecadores. Cada cual tiene su asiento en el banquete de la vida, señalado por su sabia Omnipotencia.

MARÍA.— Padre, no hablemos de mí. Quiérame como siempre y esté contento, y si acaso yo lo he mortificado, perdóneme.

D. CAR.— No se trata de eso, yo creía que buscaba tu bien, pero me persuadí de que estaba equivocado. Eres libre para buscarlo y lo dejo á tu talento y tu bondad. Permí-



tanme que me retire un momento porque, siendo necesidad de un rato de meditación. (*Sale por la antesala*).

ESCENA VIII

MARÍA.—Pobre papacito!

D<sup>a</sup> MAT.—Quedó como abrumado!

MAR.—Ya ves, María, el monstruo. Apostaría á que se va á llorar sin que nosotras lo notemos.

MARÍA.—Sí; pero tú sabes que ya las cosas han variado mucho.

D<sup>a</sup> MAT.—Pobre! si puede llorar, descañsa. Y á fe que pocas veces le habrá tocado hacerlo en su vida. (*Intercinan la cabeza pehastivas*).

ESCENA IX

DICHAS: JOSÉ (*Entrando por la puerta principal*).—Ay sos! Qué hermosa trinidad de dolorosas! Caramba! y yo que venía tan contento. (*Todas se muestran alegres*).

D<sup>a</sup> MAT.—Hombre, ya creía que no venías á saludarnos.

JOSÉ.—Me he demorado un poquitín, pero U. sabe que no podía faltar. A ver qué me guardaron (*Dándose las mañás*) María, estás pálida, y esta Mariana, siempre tan campante. (*Se sientan*). Te pareces á esas coloraditas que vi de paso en las poblaciones que visité. Ay! qué lindas algunas!

MARÍA.—Según las trazas, viniste enamorado.

MAR.—Quién sabe á cuántas engañaría por ahí, porque es más veletas.....

JOSÉ.—Les hablo con franqueza; yo siempre *farotú* algo, pero así como por dejar, porque como ando tan de paso.....

D<sup>a</sup> MAT.—¿Y qué tal de negocios, como te fue?

JOSÉ.—De negocios no hablémos, tía, porque donde debía hacerlos no me demoré nada. En otras partes si eché mis *pananditas*.

D<sup>a</sup> MAT.—Las cosas al revés, muchacho.

JOSÉ.—Como están todas hoy. ¿O ha visto U. alguna al derecho?

D<sup>a</sup> MAT.—Por cierto que ninguna.

JOSÉ.—¿Y mi tío?

D<sup>a</sup> MAT.—Se entró por ahí, pero ya debe salir pro-

JOSÉ. — No pueden imaginarse qué aguaceros, qué barrizales, qué ríos tan crecidos, qué sustos los que pasa uno, en fin, se sufre, primas, se sufre, porque materialmente ya no hay caminos.

MARÍA. — Pero siquiera los habrá moralmente.

JOSÉ. — No, moralmente tampoco, porque yo creo que si el espíritu saliera de viaje por esos andurriales, no lo sacaría ni el Ángel de la Guarda, del primer atolladero que encontrase.

D<sup>ñ</sup> MAT. — Voy á ver qué hay de Carlos y á traerles cigarrillos. ¿Quieres tomar café, muchacho?

JOSÉ. — Gracias, tía, ya tomé en casa, y no se moleste, aquí tengo cigarrillos. (*Saca un paquete y les ofrece.*  
D<sup>ñ</sup> Mat. sale por la antecámara.)

## ESCENA X

DICHOS, menos D<sup>ñ</sup> Matilde.

MARÍA. — Ahora sí puedes soltar esa lengua á tus anchas, señor viajero.

JOSÉ. — Pues les diré que por esos *barrios* de Oriente hay muchas chicas de halago. Al pasar por una calle en una población de ésas, noté que salía de la casa una que parecía señorita, y á mi vista se ocultó; pero no pudo evitar el que yo viese que salía con una jarra al caño á coger agua, y que aunque su vestido era humilde estaba cubierto con un delantal más limpio que el cristal. Después de hospedarme y comer, me hice á un amigo y lo flevé por ahí á ver si se la encontraba, lo cual no tardó en suceder; pues instalados en la esquina inmediata, vímosla aparecer á poco con otras dos amigas y sentarse, de tertulia, en la puerta. Entonces mi amigo me explicó que era pobre, de muy buena posición, eso sí, y que ella lleva personalmente las faenas de la casa, para atender á sus padres y á un hermano que es el que los sostiene á todos. Pero ya estaba *empaquetada* con un trajecito azul que parecía una reina. Y yo no pude menos de decirle á mi amigo: ¿cómo será un asado de esas manos hechas á cebar lechones? Aquí de D. Baltasar, el de Alcázar! Total, que como yo no he visto una más linda, allí me cogió la noche, y que al día siguiente seguí mi camino desvelado, pero soñando.

MAR. — Pues cástate con ella y haces una buena obra. Tú eres rico y ella pobre, le sirves de protector.

JOSÉ. — Y por cierto que lo haría con todo mi gusto;

pero ¿qué hago con la de aquí si estoy tan *metido*? Tengo que resignarme á la gente pálida y dejar las fresas para el dulce.

MAR.—Eso sí está grave. Yo soy de parecer que los ricos debieran casarse con las mujeres pobres para ampararlas, y los pobres con ricas para establecerse con el capital de ellas.

JOSÉ.—Entonces erés de la opinión de un amigo mío, quien dice que, como el hombre vale más que la mujer, los pobres deben casarse con ricas para que se compense la diferencia con la platica.

MARÍA.—No digan disparates, porque si el día de una diferencia, la mujer le echa en cara al hombre que le está malversando su capital, ó que ella lo está manteniendo... ahí se acabó todo.

MAR.—Lo que hay es que las mujeres pobres siempre les convienen más á los ricos, porque les ayudan más á conservar y á conseguir.

JOSÉ.—Eso está en contradicción con lo que dice mi abuelita, pues ella sostiene que las ricas son más diestras en el manejo de los intereses caseros, por que yá tienen práctica en el asunto, mientras que las otras, como bisoñas que son, ó se amarran demasiado ó se extralimitan, deslumbradas por un fausto que no conocían. Ambos extremos viciosos. De lo que sí estoy persuadido es de que las mujeres antioqueñas, pobres ó ricas, son un gran factor para la formación y la conservación de las fortunas, por sus grandes dotes de organizadoras, hacendosas y económicas. El lujo entre Uds. es casi siempre efecto de cálculos sobre lo superfluo dejando intacto lo necesario.

MARÍA.—Déjense de cálculos y de boberías. El dinero no ha servido nunca de lazo para amarrar la dicha. Sólo hay un lazo dorado que sirve para atarla con cadenas más fuertes que el acero: ese lazo es el amor. Los matrimonios de conveniencia suelen ser casi siempre desgraciados.

## ESCENA XI

DICHOS. D. Carlos.

D. CAR. (*Saliendo de la antesala*).—Buenas noches,

JOSÉ.—¿Cómo fuimos por esos mundos?

JOSÉ.—Buenas noches, tío, pues sería bien porque siquiera volví.

D. CAR.—De salud á lo menós yá se nota, y de nego-

cios. ¿qué tal? ¿Hay mucha crisis como aquí por esos pueblos ó no les ha llegado todavía?

JOSÉ.—Ahora, como siempre, como que en todas partes se cuecen habas. (*María y Mar. se levantan.*)

MARÍA.—Ustedes se van á poner á hablar de negocios, cosas que nosotras no entendemos: Mientras tanto nos vamos á rezar nuestras novenas. No te vayas callado. Con el permiso de Uds.

JOSÉ.—Uds. lo tienen, pero no se olviden [de la de San Antonio.

MAR.—Con todo lo ofendidas que nos tiene, siempre haciéndose el disimulado.

MARÍA.—Y además que, como dice una amiga nuestra, nosotras perdonamos, pero no olvidamos. (*Salen.*)

## ESCENA XII

D. CAR.—Conque, amigo José, ¿encontró U. eso muy malo por allá?

JOSÉ.—Creo que está bastante malo, á juzgar por lo que oí decir, pero según me contó mi padre esta tarde, está peor por aquí.

D. CAR.—¿Y su padre le habló de mí?

JOSÉ.—No se lo niego; me dijo que creía que U. también había caído en la catástrofe.

D. CAR.—¿Nada más?

JOSÉ.—No hablamos sino muy por encima.

D. CAR.—Pues qué le parece, amigo, que yo caí muy por debajo.

JOSÉ.—Yo entiendo que U. jugó al alza.

D. CAR.—Sí, hombre, engañado por las apariencias, me dejé ir hasta más allá de lo que pensaba cuando comencé. El que empieza á descender por una pendiente tan resbaladiza como ésta, nunca sabe á dónde irá, y aquí me tiene U. en una situación abrumadora.

JOSÉ.—Le pasó á U. entonces como al comerciante que vendió al fiado, al cual se le pueden contar hasta las costillas. (*D. Carlos se las tienta con disimulo.*)—¿No recuerda U. esa laminita? En cambio, los que jugaron á la baja están más gordotes que el que vendió al contado. D. Pepe Sierra y todos los rematadores de rentas aquí en Antioquia, les quedaron *tachuelas* á los que jugaron á la baja. Pero puesto que hay cosas que no tienen remedio, quizá, hay que buscarles siquiera un paliativo; así es que vea en que puedo servirle, tío.

D. CAR.—A eso iba, amigo, pues tengo que vender la casa y el almacén. ¿No sabe U. de alguno que quiera comprarme las existencias, cediéndole el local que, como U. sabe, es muy bueno y está muy bien situado?

JOSÉ.—Pues ahora mismo lo encarrilo, porque me dijo mi padre que D. Vicente Amay necesita uno para Eduardo. Como esos señores jugaron á la baja, han quedado muy bien parados y piensan ensanchar sus negocios de comercio.

D. CAR.—¿Pero eso como sería, porque hasta hace poco no estaban muy bien que digamos?

JOSÉ.—Pues cogieron bien el rastro con el apoyo de una buena información, y luego se lanzaron respaldados por una firma abonada, y cayeron en firme.

D. CAR.—Quisiera hablar ahora mismo con Vicente. Quién sabe si estará en la casa!

JOSÉ.—No, señor. está jugando tresillo en Belchite en donde lo dejé hace poco. Pero si U. quiere puede hablar con Eduardo que está desocupado.

D. CAR.—Hombre, es algo fuerte la cosa, porque no tengo relaciones con él, mientras que con Vicente sí.

JOSÉ.—Pero nada se pierde con iniciar el asunto lo más pronto posible, no vaya á suceder que antes de salir del Club tengan otro iniciado y aun hecho. Hoy se debe andar aprisa, porque me parece que habrá mucha competencia.

D. CAR.—Pero . . . . .

JOSÉ.—Nada, no hay *pero* que valga, yo me voy y le mando á Eduardo. [*Se levantan.*]

### ESCENA XIII

DICHOS.—MARÍA (*Con un paquete de cigarrillos.*) Mi mamá me regañó por las pocas atenciones que te hacemos. Enciéndeme siquiera un cigarrillo. Cómo *ya* te vas?

JOSÉ.—Sí, voy á hacerle un mandado á mi tío.

MARÍA.—¿Mandado á estas horas?

JOSÉ.—Aun es temprano y la cosa urge. (*A D. Carlos.*) Yo le hablo ahora porque hace poco lo dejé en el Club conversando. (*Saca el reloj.*) No son las nueve todavía.

MARÍA.—¿A quién te refieres?

JOSÉ.—A Eduardo Amay.

MARÍA.—Creo más seguro que lo encuentres en la casa.

D. CAR.—¿Por qué lo dices?

MARÍA.—Por conjeturas nada más.

JOSÉ.—Que pasen buena noche. Yo me entro por aquí y de paso me despido de mi tío. Por la mañana volvemos á hablar á ver qué resulte.

D. CAR. (*Saliendo con él*).—Sí, hombre, váyase por la mañana al almacén.

ESCENA XIV

MARÍA y después Mariana. *Un papé.*

MARÍA.—¡Qué nuevo misterio será éste! ¿Mi padre en tratos con Eduardo? No me lo explico. Suceden cosas bien particulares en la vida! Y mi padre se sorprendió de que yo supiese que Eduardo está en la casa. Eso es claro, puesto que ya juzgué del objeto que tenía la carta de Magdalena.

MAR. (*Saliendo*).—María ¿qué sabes tú de cosas que mi tío y José estuvieron hablando de Eduardo?

MARÍA.—Yo no sé nada. ¿Qué les oíste?

MAR.—José, al despedirse, acabó por decirle á mi tío, “No tenga cuidado que ahora le mando á Eduardo, y no le tenga miedo, que él es muy *cachaco*. Déjese de preocupaciones y de conveniencias que no estamos para ello.” Y salió dejando á mi tío muy pensativo, pero como alegre.

MARÍA.—Había de meternos José á Eduardo aquí; ¿qué opinas?

MAR.—Ah buen trabajo! . . . Pues le daríamos las gracias.

MARÍA.—¿Pero no recuerdas ya nuestra mala situación y que yo renuncié voluntariamente á él á causa de nuestra pobreza?

MAR.—Es verdad, pero Dios es grande, como dice mi tío, y bien puede suceder que se prepare algo favorable.

MARÍA.—Yo estoy muy descorazonada; pero sin embargo, dicen que la esperanza es lo último que se pierde. Y sabes, Mariana, que la esperanza, aunque la veamos lejána, siempre nos sirve de consuelo?

MAR.—Pero también dicen que “el que espera, desespera.”

MARÍA.—Eso se entiende para los que tienen certidumbre de algo que desean y se les retarda, pero no para mi caso, por ejemplo, pues yo no tengo esperanza, y, sin embargo, espero.

MAR.—¿Y qué hacemos si se aparece de repente ahora Eduardo?

MARÍA.—Pues correr de huida. Yo, por mi parte, no lo espero.

UN PAJE.—Un caballero pregunta por D. Carlos.

D. CAR. (*Entrando al mismo tiempo*).—Díle que entre. (*Maria y Mar, se apresuran á retirarse*).

### ESCENA XV

ED. (*Entrando*).—Buenas noches, Sr. D. Carlos.

D. CAR.—Buenas noches, Eduardo, tenga la bondad de seguir y de tomar asiento.

ED.—Me dijo José Restrepo que U. descaba hablar conmigo, y vengo á ponerme á sus órdenes.

D. CAR.—Me da mucha pena molestarlo, sobre todo á estas horas, pero José insistió en que lo había de llamar, y yo dudé de que estuviese U. tan listo á esta hora.

ED.—Casualmente estaba en el portón de casa cuando pasó José, me habló de U., y de allí me he venido.

D. CAR.—Pues amigo, lo he dejado llamar para que hablemos de un negocio que tengo en planta, y José me dijo que opinaba que U. y su padre lo harían. Se trata de la venta de mis mercancías, dejando al comprador el goce del local que ocupan, con un buen contrato de arrendamiento, y como sé que Uds. ....

ED.—Sí, señor, mañana mismo pensamos dar pasos sobre eso.

D. CAR.—Pues bien, como sé que Vicente está ahora entretenido, querría iniciar algo desde esta noche con U., para no ir mañana á tontear, y amanecer con una base segura para empezar.

ED.—Pues tenga U. por seguro que nos entenderemos primero con U. que con otro cualquiera; pero sentiría muchísimo que fuese U. víctima de algún contratiempo, por la mala situación que atravesamos.

D. CAR.—Está U. en lo cierto, pues jugué al alza, amigo, y me caí.

ED.—Pero como mi padre y yo jugamos á la baja, y nos subimos, yo por mi parte, ofrezco á U. servirle en lo que pueda.

D. CAR.—Gracias. Entonces muy de mañana nos encontramos en mi almacén, lo estudia U., vemos los precios y si cree que que le conviene, echamos las bases para una negociación.

ED.—Me parece muy bien pensado. Desde esta noche le hablaré á mi padre para que nos ayude, y creo que es negocio hecho.

D. CAR.—Creo que á Uds. les gustará por míl motivos, y como yo me quedo de balde, mientras U. consiguere dependiente, puedo servirle de tál, para indicarle mi clientela y algunas especulaciones que me han dejado muy buenos rendimientos.

ED.—Le agradezco infinito su ofrecimiento, y lo acepto con mucho gusto, pero no con el carácter de dependiente.

D. CAR.—Pero siendo U. el dueño ¿qué otra cosa puedo ser?

ED.—Pues cualquiera otra; podríamos formar una sociedad ó compañía en que U. llevase buena parte.

D. CAR.—Gracias, amigo, pero no tengo con qué.

ED.—Pero yo sí, y . . . . . pongo por U.

D. CAR.—U. me abruma. Eso está difícil. (*Hay una pausa: Ed. tóse y luégo dice*):

ED.—Este negocio podemos ya darlo por hecho, y puesto que se me presenta esta oportunidad, quisiera hablarle de otro más grave. . . . . D. Carlos, deseo saber si U. tendría inconveniente en permitirme visitar su casa. No pretendo que U. me dé la respuesta ahora mismo, puede U. tomar informes, puede U. pensarlo. . . . .

D. CAR.—Le digo de una vez que no tengo inconveniente ninguno; puede U. contar con que ésta es su casa, y yo se lo participaré á la familia.

ED.—Yá que U. es tan bondadoso, me permito manifestarle que mis intenciones son serias, pues ha de saber U. que yo amo con delirio á María, y que si sus padres y ella lo consienten, la quiero hacer mi esposa.

D. CAR.—Esa yá sería cuestión de ella, puesto que por parte de Matilde y mía no veo inconveniente. (*Se levanta á tocar el timbre diciendo aparte*): ¡El, mi protector! ¡Qué exhibición de corazones la de hoy! (*Al asomar el paje*). Dile á la niña que venga en un momento. (*Sale el paje*). Yo los arreglo antes de que Canuto me ponga en más trabajos cuando venga á repreguntarme. (*A Eduardo*). Pues sí, amigo, estas cosas deben resolverse pronto. Y así como, así, para lo que la vida da y promete. . . . .

ED.—Yo espero que para mí sí prometerá, señor.

## ESCENA XVI

DICHOS.—María.

MARÍA.—Buenas noches, Eduardo.

ED.—Buenas noches, María. (*Se dan la mano*).



D. CAR.—(*Aparte*) Sí esto es viejísimo . . . (*A Mariana*)—Te mandé llamar, hija, porque Eduardo me acaba de decir que desea visitar la casa con la seria intención de casarse contigo; si tú lo aceptas, y como yo le he manifestado que tus padres no pondremos inconvenientes para ello, falta que lo resuelvas tú para salir de una vez.

MARÍA.—Por causa de mi voluntad tampoco los habría; pero mis compromisos de hace un momento, á causa de nuestra situación, ya me lo impiden, como mi padre lo sabe.

ED.—Lo comprendo. Pero esos inconvenientes ya pueden darse por zanjados.

D. CAR.—Es verdad, ya no los hay.

MARÍA.—Pues entonces . . . lo que mis padres dispongan.

#### ESCENA XVII.

(Voces de mujeres que entran por la puerta principal).

Que viva el Padre Umaña! Que viva el Padre Umaña! (*Entrar. Cristóbal y Alberto con Inés y Pepa del brazo.*)

MARÍA.—¿Qué es esto, muchachas?

TODAS.—Buenas noches. Buenas noches!

INÉS.—Venimos á participarles nuestro matrimonio como á los amigos más íntimos que tenemos.

D. CAR.—Mil gracias, Inés, por su atención, y creo que María hará lo mismo con Uds.

PEPA.—Sí? ¡qué dicha! Me alegro tanto por mí. *(Como)*  
(*Se retiran á conversar, paso á un extremo. Mariana se asoma por la puerta de la antesala, á tiempo que el paje dice*).

PAJE.—El Sr. D. Canuto.

MAR.—[*Saliéndole al encuentro*]—Siga Ud. D. Canuto.

D. CAR.—Buenas noches, señorita Mariana, parece que aquí no hay con quién tratar ni para el saludo.

MAR.—Buenas noches, D. Canuto. En verdad como que están muy ocupados.

D. CAN.—¿Y qué es lo que pasa?

MAR.—Pues según entiendo es que todos ellos se casan.

D. CAN.—Cómo? ¿María también?

MAR.—Eso es lo que parece.

[*D. Canuto se retira al otro extremo y dice*]:

D. CAN. [*Apar.*].—Y ni siquiera se fijan en mí; pero les pesará. Sí, les pesará, porque mañana los liquido y los pregono. [*Se queda meditando.*].

MAR.—Aquí del Padre Umaña! ¿Y por qué no me he de aprovechar yo también de su consejo? Porque aquéllas yá lo hicieron, según cuentas. Y luego que lo mismo es de palabra que por escrito. María rompió sus compromisos de acuerdo con mi tío á lo que parece, y yo también los rompo. Animo, pues, Mariana, que, según los cazadores, más arriesga la pava que el que le tira, y según dicen, la ocasión es calva. [*Y diciendo y haciendo, se acerca á D. Canuto y le pone la mano en el hombro, diciéndole*]: No se afija, D. Canuto, ¿pues acaso hay una sola mujer en el mundo para U.? ¿No valdré nada yo que le tengo tanto cariño?

[*El viejo se alegra y contesta*]:

D. CAN.—¿Qué me quiere decir U. con eso, señorita?

MAR.—Que nos casemos los dos. [*Se retira algunos pasos sonriéndose*].

D. CAN. (*Aparte.*).—Y yo que no me había fijado! Qué torpe soy. Pues mejor que la otra. Y “no tiene padre ni madre, ni perrito que le ladre.” [*Dirigiéndose á Mariana*]:—¿Es de verdad lo que U. me dice, señorita?

MAR.—Palabra de Caballero.

D. CAN.—Cierto que U. lleva ese lindo apellido. Venga acá esa mano. [*En alta voz*]: Carlos, todavía no me miras?

D. CAR.—Estaba aquí tan engreído que no te vi entrar. ¿Pero qué es esto? ¿Qué ocurre?

D. CAN.—Que Mariana y yo te pedimos consentimiento para casarnos. ¿Nos lo das?

D. CAR.—De mil amores, y el padrinazgo también si me lo aceptas.

D. CAN.—Te adelantaste á mis deseos. [*Y dirigiéndose á los demás, que á la vez se dirigirán á ellos*]: Señores, tengo el gusto de presentarles mi Futura.

ED. y CRIST.—Nosotros hacemos lo mismo, D. Canuto.

ALB.—Y con el mayor gusto, como buenos camaradas.

### ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. — D<sup>a</sup> Matilde.

D<sup>a</sup> MAT. (*Entrando*).—¿Qué es este alboroto, por la Virgen?

D. CAR.—Mira, Matilde, que todos estos se casan.

INÉS.—Sí, señora, y venimos á participárselo.

D<sup>a</sup> MAT.—¿Y María y Mariana también?

D. CAR.—Ya lo ves, y todo se ha allanado, gracias á Dios.

D<sup>a</sup> MAT.—¿De manera que D. Canuto y Eduardo se quedan con nosotros?

D. CAR.—Se quedan.

D<sup>a</sup> MAT.—Pues me alegro mucho. ¿Y toda esta noviería anda sola?

PEPA.—No, señora, en el corredor se quedó todo el acompañamiento de tíos y de papás, que no quisieron entrar porque se nos hace tarde, y vamos para la casa de los abuelitos á participarles estas novedades.

D<sup>a</sup> MAT. (*Alegrándose*).—Carlos, pero Ave María... (*Se pone las manos en la cabeza*).

D. CAR.—Estoy como aturdiido, Matilde, y como sin saber qué hacer.

D<sup>a</sup> MAT.—¿No lo sabes tú? Pues yo sí.

D. CAR.—¿Qué será ello?

D<sup>a</sup> MAT.—Que para no quedarnos de mirones, nos casemos otra vez los dos.

D. CAR. (*Abrazándola con regocijo*).—Pues no habrá remedio, casémonos, Matilde. (*Todos rien*. D. Carlos y

D<sup>a</sup> Matilde se darán las manos, como lo harán todos, y se dirigirán al auditorio procurando estar en el medio.)

D. CARLOS. (*En alta voz*):

De manera, honorable concurrencia,

Que de este año bisiesto en los estados,

Merced al Padre Umaña y su elocuencia,

Van á tener que echar mucha paciencia

Solteros, rodillones y aun casados.

## TELÓN.

San Eduardo (La Ceja), Mayo de 1904.

